

DE BUENAS LETRAS

El día del padre

ENRIQUE MARTÍN PARDO

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Muchos de los que fuimos niños en los difíciles años de la posguerra pensábamos que los sentimientos de cariño y ternura no solo estaban mal vistos en aquella empobrecida sociedad de cartillas de racionamiento y sofismas políticas, sino que los considerábamos impropios de nuestra orgullosa condición de futuros y aguerridos hombres. Debido tal vez a la escasa (por no decir nula) pedagogía relacionada con lo necesario que es aflorar los sentimientos de gratitud y cariño hacia las personas de nuestro entorno y, especialmente, hacia nuestros progenitores, muy pocas veces los manifestábamos. Y, seguramente, influidos por ese absurdo equívoco hacíamos todo lo posible para que en nuestras conversaciones no se filtrara ni el menor atisbo que denotara flaqueza o debilidad de carácter.

La frustración y el remordimiento que nos ha quedado por no habernos comunicado con ellos todo lo que debíamos, se ha convertido, por paradójico que parezca, en el mejor aliado para que esos farsantes, devoradores

de sentimientos, que son el inexorable paso del tiempo y el tráfigo de la vida con sus afares y desvelos, no puedan borrarlos de nuestra memoria.

Eran tiempos muy difíciles, pero gracias a los tebeos de héroes, espadachines, guerreros y jabatos nos evadíamos de la monotonía gris de aquellos años sin brillo de la posguerra. Nos ensimismábamos de tal manera en sus páginas, nos gustaban tanto las peligrosas hazañas que protagonizaban, y de las que siempre salían vencedores, que no nos dábamos cuenta de que los mayores héroes, los más grandes jabatos, los teníamos a nuestro lado. Es verdad que no llevaban capa, ni antifaz, ni espada con la que asestar mandobles a los enemigos de no sabíamos qué valores eternos. Sin embargo, ellos hacían todo lo posible para que no nos preocupáramos ni nos enterásemos de las dificultades que a veces tenían que superar para que no nos faltara nada de lo que fuera necesario, y crecíamos sanos y felices en unos años en los que proliferaban las enfermedades infantiles, las

campanas de las iglesias tocaban a muerto con demasiada frecuencia y la felicidad era tan escasa que se administraba con cuenta-gotas. Y a pesar de estar acostumbrados a prescindir de casi todo lo que no fuera estrictamente necesario, y que demasiado pronto dejáramos de creer en los héroes y en los Reyes Magos, les culpábamos de que los tres monarcas venidos del lejano y misterioso Oriente (es decir, de las abarrotadas tiendas de juguetes, repletas de maravillas inalcanzables para nosotros) casi nunca se detuvieran en la puerta de nuestras casas.

Por eso hoy, que ni siquiera podemos disculparnos por las veces que enfurruñados se lo echábamos en cara, ni felicitarles con la consabida corbata o el socorrido tarro de colonia, nos gustaría decirles donde quiera que estén, o en 'la galaxia' que moren, que nunca los olvidaremos, y que siempre les estaremos agradecidos por el esfuerzo tan grande que hicieron, junto con nuestras madres, para que sobreviviéramos con dignidad en una época tan dura y difícil como aquella.

El escritor americano de origen armenio, William Saroyan, cuenta en su excelente novela, 'La comedia humana', que la madre, ante la insistente pregunta del hijo pequeño de cuatro años: «¿Y dónde está mi padre?», decide contarle la verdad, procurando que la emoción no le impida pronunciar unas palabras tan duras como hermosas: «Hace dos años que tu padre murió, Ulysses. Pero mientras estemos vivos, y estemos juntos, y mientras quedemos dos de nosotros y nos acordemos de él, nada en el mundo nos lo podrá arrebatar».